

Montilla, el hombre con atributos

Correoso en lo verbal, tranquilo en lo formal, institucional en lo litúrgico

PILAR RAHOLA

Ni cualidades ni características relevantes, así es el **Ulrich** que **Robert Musil** convirtió en paradigma del hombre moderno, enfrentado a su propio caos. Y así prometía ser, a primera vista, el político que estos días enfrenta su reto más decisivo: gobernar su país. **José Montilla** parecía el hombre sin atributos, cuando llegó, desprovisto de brillo, a una inhóspita tribuna que había gozado de mejores oratorias y más vibrante verbo.

No era estético, ni divertido, ni apasionado, ni era capaz de subir la libido ciudadana con grandes quimeras. Solo era un tipo corriente elevado, por un capricho de la historia, a una cima impropia. Sin embargo, al igual que el matemático **Ulrich, Montilla** ha ido incorporando telas a su desnudez y de golpe, en el fragor del debate, hemos descubierto los inesperados atributos del hombre sin atributos. Sin ninguna duda, le han ganado todas las batallas: **Mas** por convincente, **Piqué** por brillante, **Carod** por seductor, **Saura** por creíble, pero **Montilla** ha ganado la guerra. Y así, sin alzar la voz, ni colorear el verbo, ha conseguido parar los misiles, esquivar los dardos, enviar algunas flechas y dar la mano a todos, en un equilibrio de templanza y solidez que no son muy comunes. Llegó al Parlament mirando hacia arriba, situado el ego de sus colegas más allá de su vista. Pero sale de él mirando hacia abajo, investido del carácter presidencial que aún no tiene, pero ya sabe detentar. Porque si algo ha aparecido en las réplicas parlamentarias es el **Montilla** *president*. Correoso en lo verbal, tranquilo en lo formal, institucional en lo litúrgico.

De todos los momentos, el instante mágico de su defensa del catalán ante un **Piqué** caracterizado de **Rivera**. **Montilla** no hace proclamas almogávares, ni domina el idioma con la precisión de un **Carod**, ni usa la retórica mística de **Artur Mas**, pero pocas veces he percibido un discurso nacional más impecable. Quizás porque no nace de la estética, sino de la ética.

Dijo **Albert Camus**, del **Ulrich** de **Musil**, que lo adoraba por sus fracasos. A

Montilla, muchos le han perdonado la vida por su aparente mediocridad. No formaba parte del pan con tomate político, no presentaba las características de los dioses, no se le conocían atributos, más allá de los que habitan en las tinieblas de los partidos. Y sin embargo, hoy sabemos que este hombre tiene tantos resortes que, al igual que **Ulrich**, nunca estuvo desnudo. Solo lo pareció cuando nos cegaban los focos de las estrellas rutilantes.

Artículo publicado en El Periódico de Catalunya el 25 de noviembre de 2006